MORTEN STORM
PAUL CRUICKSHANK - TIM LISTER

MI VIDA EN AL QAEDA

LA HISTORIA DEL YIHADISTA DANÉS QUE ESPIÓ PARA LA CIA

PENÍNSULA HUELLAS

Mi vida en Al Qaeda

Morten Storm
Paul Cruickshank
y Tim Lister

La historia del yihadista danés
que espió para la CIA

Traducción de Francisco López Martín

ediciones península

Título original: *Agent Storm. My life inside Al Qaeda*

© Morten Storm, Paul Cruickshank, Tim Lister, 2014

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será
sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a
Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2015

© de la traducción del inglés: Francisco López Martín, 2015

Las imágenes de este libro, excepto las que aparecen con el crédito
correspondiente, forman parte del archivo personal de Morten Storm.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U., 2015
Ediciones Península,
Avda Diagonal, 662-664
08034-Barcelona
edicionespeninsula@planeta.com
www.edicionespeninsula.com

ĀTONA VICTOR IGUAL · fotocomposición
ROMANYÀ-VALLS · impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 16.235-2015
ISBN: 978-84-9942-438-5

ÍNDICE

Mapa de Yemen 10
Nota de los autores 13

1. La ruta del desierto
Mediados de septiembre de 2009 17
2. Pandillas, chicas, Dios
1976-1997 31
3. El converso
Principios de 1997 - verano de 1997 47
4. Arabia
Finales de verano de 1997 - verano de 1998 57
5. Londresistán
Verano de 1998 - principios de 2000 71
6. Muerte a América
Principios de 2000 - primavera de 2002 79
7. Peleas familiares
Verano de 2002 - primavera de 2005 93
8. El MI5 llega a Luton
Primavera - otoño de 2005 111
9. El encuentro con el jeque
Finales de 2005 - finales de verano de 2006 121

10. La caída
Finales de verano de 2006 - primavera de 2007 145
11. Cambio de bando
Primavera de 2007 159
12. La llamada de Londres
Primavera de 2007 167
13. Desde Langley con amor
Verano de 2007 - principios de 2008 179
14. Alá y la cocaína
Principios de 2008 195
15. Terror clerical
Primavera - otoño de 2008 209
16. El asesinato del señor John
Otoño de 2008 - primavera de 2009 219
17. Secretos de muyahidines
Otoño de 2009 229
18. La rubia de Anuar
Primavera - verano de 2010 245
19. Una nueva tapadera
Verano - invierno de 2010 275
20. Objetivo al-Aulaki
Principios de 2011 - verano de 2011 291
21. Un largo y cálido verano
Julio - septiembre de 2011 315
22. Ruptura con el Hermano Mayor
Otoño de 2011 323
23. De nuevo en la lucha
Finales de 2011 335

24. La boca del lobo
Enero de 2012 345

25. Operación Amanda
Enero - mayo de 2012 361

26. Cuentos chinos
Mayo de 2012 381

27. Un espía al margen
2012-2013 389

Epílogo 401
Post scriptum 423
Lista de personajes 435
Archivos como agente 445
Agradecimientos 461
Índice temático 465

1

LA RUTA DEL DESIERTO
Mediados de septiembre de 2009

Me senté en mi Hyundai gris mirando hacia la oscuridad líquida, exhausto e inquieto. Exhausto porque el día había empezado para mí antes del amanecer en Saná, la capital de Yemen, unos 320 kilómetros al noroeste. Inquieto porque no sabía quiénes iban a venir a buscarme o cuándo llegarían. ¿Me saludarían como a un camarada o me capturarían como a un traidor?

La noche del desierto tenía una intensidad que nunca había visto en Europa. No había ni una sola luz en la carretera que llevaba desde la costa hasta las montañas de la provincia de Shabwa, una región del país al margen de la ley. A veces tampoco había mucha carretera: una fina capa de arena se había amontonado sobre el ardiente pavimento. Mucho después de la puesta del sol, una brisa húmeda soplaba desde el mar de Arabia.

Mi inquietud estaba alimentada por la culpabilidad: solo había podido llegar en coche hasta esta tierra de nadie, donde la presencia de Al Qaeda iba creciendo mientras la autoridad del Gobierno se desvanecía, porque me acompañaba mi joven esposa, Fadia, natural del país.* Con el pretexto de visitar a su hermano, habíamos ido pasando un puesto de control tras otro en una peligrosa carretera hacia el sur.

Sabía que me jugaba la vida en mi empeño de reencontrarme con Anuar al-Aulaki, un clérigo americano-yemení que se había convertido en una de las figuras más influyentes y carismáticas de Al Qaeda. Los servicios militares y de inteligencia de Yemen habían intensificado recientemente sus esfuerzos en la lucha contra

* Fadia no es su nombre real. Por su seguridad y la de su familia, he utilizado un seudónimo.

Al Qaeda en la península Arábiga (AQAP), una de las franquicias más activas y peligrosas del grupo de Osama bin Laden. Existía el riesgo de una emboscada, un tiroteo en un puesto de control o simplemente un malentendido letal.

También existía el peligro de que al-Aulaki —al que los periódicos occidentales llamaban ahora «la estrella de rock de Al Qaeda»— tal vez ya no confiase en mí. Había viajado a petición suya. En un correo electrónico que había guardado en la carpeta de borradores de una cuenta anónima que compartíamos me había dejado el siguiente mensaje:

«Ven a Yemen. Necesito verte».[1]

Había pasado casi un año desde que había visto a al-Aulaki por última vez, y durante todo ese tiempo él había seguido adelante con su implacable y fatídica trayectoria. El predicador radical simpatizante de Al Qaeda se había convertido en una figura influyente dentro de la organización, conocía sus planes para exportar el terror y participaba activamente en ellos.

Yo ya había faltado a una cita. Al-Aulaki me había invitado a ir a una reunión de los líderes yihadistas de Yemen celebrada en un apartado lugar de Marib, provincia del desierto que supuestamente había sido el hogar de la legendaria reina de Saba. El hermano menor de al-Aulaki, Omar, encargado de organizar mi viaje a Marib, había insistido en que me vistiera de mujer y me pusiera un niqab que me cubriera la cara por completo para poder pasar los puestos de control. Con mi 1,85 m de altura y mis casi 115 kg de peso, yo tenía mis dudas, así que había declinado la oferta, aunque el conductor que debía llevarme a la reunión con aquellos forajidos era agente de policía. Yemen era un país sometido a esa clase de contradicciones. Me carcomía no haber asistido a una reunión tan importante con los líderes de Al Qaeda en Yemen, así que a los pocos días mi esposa y yo emprendimos aquella odisea hacia Shabwa.

1. Cito de memoria. Se trata de uno de los pocos correos citados en el libro que no he conservado. Salvo que indique lo contrario, todos los correos electrónicos, mensajes de texto y conversaciones grabadas que se citan en el libro se reproducen textualmente.

Al cabo de unos minutos, oí en la distancia el gruñido ahogado de un motor, antes de ver la luz de unos faros y un Toyota Land Cruiser acercándose lleno de jóvenes con rictus serio que empuñaban fusiles AK-47. La escolta había llegado. Cogí de la mano a mi esposa. En los próximos minutos sabríamos si el desenlace iba a ser fatal para nosotros.

Durante todo el día habíamos seguido las concisas instrucciones que al-Aulaki me enviaba por mensaje de texto como si fuesen las pistas de una extraña búsqueda del tesoro. «Toma esa carretera, gira a la izquierda, finge ante la policía que vas a Mukalla por la costa.»

Difícilmente podía hacerme pasar por lugareño: danés, fornido, pelirrojo y con una larga barba, podría haber sido perfectamente un extraterrestre en un país de árabes enjutos y de tez oscura. En una tierra donde las rivalidades tribales y los secuestros, los policías de gatillo fácil y los militantes yihadistas hacían que viajar fuera una aventura imprevisible, la visión de un tipo como yo, acompañado por una menuda mujer yemení y que apenas cabía en aquel coche de alquiler que se dirigía hacia el sur rebelde, resultaba como mínimo inusual.

El día había empezado bastante bien. El frescor de la mañana, antes de que comenzase el calor intenso, había sido tonificante. Nos habían retenido en el primer control a las afueras de Saná, siempre el más problemático. ¿Por qué querría alguien abandonar la relativa seguridad de la capital para dirigirse a la zona desértica del sur? Hablé en árabe, lo que siempre impresionaba a mis interrogadores, mientras mi esposa, con la cara y el pelo cubiertos por el niqab negro, guardaba silencio en el asiento del copiloto. No era casualidad que en el reproductor de CD sonaran versículos del Corán. Les dije que íbamos a ver al hermano de mi mujer para asistir a una boda en la costa y que iba a viajar por Adén, el puerto principal de Yemen en el mar Arábigo y el eje de la vida comercial del país.

A los policías les costaba descifrar mi pasaporte. Pocos sabían leer bien árabe, y no digamos ya el alfabeto latino. Parecían pen-

sar que era turco, tal vez porque la idea misma de un europeo viajando por Yemen les resultaba inconcebible. Al final, mi amplia sonrisa y mi aparente conocimiento del terreno fueron suficientes. Probablemente ayudara no solo que corría septiembre, un mes terriblemente caluroso en Arabia, sino que estábamos a la mitad del Ramadán. El ayuno los tenía fatigados.

Una vez superado el primer control, el siguiente objetivo era mantenerse en la carretera, o al menos evitar que nos sacaran de ella. Varias veces alcancé a ver a los pies de escarpados acantilados el armazón oxidado de un camión o de un autobús. Y las carreteras de Yemen parecían atraer a viandantes deseosos de morir, fueran camellos, perros, vacas o niños. Cuando los vehículos se precipitaban hacia ellos, no hacían el menor amago de apartarse.

Los colores de la mañana se fundieron en el calor abrasador de media tarde, mientras me esforzaba en concentrarme al volante y no perder de vista los riesgos del viaje. Finalmente, las montañas empezaron a dar paso a la llanura de la franja costera, la Tihama. A lo lejos se veía el puerto de Adén. La ciudad había sufrido desde la caída de Yemen del Sur y la implacable campaña militar del presidente del norte, Ali Abdullah Saleh, para unificar las dos mitades del país en la década de 1990. La población del sur se consideraba desatendida y el movimiento separatista era cada vez más fuerte, lo que agravaba el problema que las simpatías por Al Qaeda planteaban al Gobierno yemení.

En el retrovisor, las montañas iban devorando el sol implacable. Intenté orientarme por la caótica periferia de Adén para encontrar la larga carretera costera que al-Aulaki me había indicado que tomara.

Anuar al-Aulaki pertenecía a un poderoso clan de la montañosa provincia de Shabwa. Su padre había sido un respetado profesor y ministro del Gobierno de Yemen que había viajado a Estados Unidos con una beca Fulbright y se había doctorado en la Universidad de Nebraska. El propio hijo había sido profesor de la Universidad de Saná después de abandonar Estados Unidos a raíz del 11-S, inquieto —y con razón— por la posibilidad de que lo investigara el FBI. Meses antes de los atentados contra las Torres Gemelas se había reunido con dos de los secuestradores de los

aviones en California, aunque no había pruebas de que estuviera al tanto de sus planes.[2]

Siete años más tarde, el paisaje —y al-Aulaki— habían cambiado. El presidente Saleh necesitaba desesperadamente la ayuda de Estados Unidos y crecían las presiones para que adoptara una actitud más dura contra los simpatizantes de Al Qaeda. En septiembre de 2008 se había producido un atentado suicida con bomba contra la embajada de Estados Unidos en el que murieron diez personas, y los presos de Al Qaeda habían protagonizado evasiones masivas de cárceles supuestamente de máxima seguridad. Yemen era la base de reclutamiento favorita de la organización: el país había proporcionado una fuente de jóvenes con escasa preparación que fueron enviados a los campos de entrenamiento de Osama bin Laden antes del 11-S. Algunos de ellos se habían convertido en guardaespaldas de Bin Laden, antes de ser capturados mientras huían de las montañas Tora Bora, en Afganistán, y enviados a Guantánamo.

Ahora Yemen no solo era la base de AQAP, una filial de Al Qaeda, sino también un destino prioritario para los militantes europeos y estadounidenses que soñaban con la yihad. Y la militancia de al-Aulaki se había intensificado. Sus sermones —transmitidos al mundo entero por YouTube— eran un referente para los aspirantes a yihadistas. En poblaciones rurales de Pensilvania, en atestados pisos de Inglaterra o en el extrarradio de Toronto había jóvenes que devoraban sus palabras.

Para la CIA y el MI6, al-Aulaki representaba el futuro de Al Qaeda. Su conocimiento de las sociedades occidentales, su inglés fluido y su dominio de las redes sociales representaban una amenaza nueva y más letal que los vídeos granulosos y las esotéricas declaraciones de Bin Laden.

En 2006, al-Aulaki había sido detenido y acusado de estar in-

2. En su informe final, la Comisión del 11-S declaró que había «sido incapaz de reunir suficientes datos acerca de la relación de al-Aulaki con Hazmi y Mihdhar [dos de los terroristas del 11-S] para llegar a una conclusión» (p. 221), y que sus intentos de localizar y entrevistar al clérigo habían fracasado (nota 35, p. 517).

volucrado en un vago plan de secuestro. Había estado preso dieciocho meses en Saná e incluso había recibido una visita de agentes del FBI deseosos de obtener más información sobre sus reuniones con los secuestradores del 11-S. Después había desaparecido en el vasto e implacable interior de Yemen.

Y así fue como me encontré al este de Adén, en la última etapa de mi viaje con rumbo desconocido por Yemen. Llegamos a otro rudimentario puesto de control, un par de señales de «STOP» destrozadas a ambos lados de un cobertizo de metal ondulado que solo concentraba el calor abrasador. En cierto modo, aquel cobertizo era una frontera que marcaba el límite efectivo de la autoridad del Estado. Más allá había un carretera en que los extranjeros solo podían adentrarse escoltados por soldados, amenazadoras tierras por las que campaban bandidos y combatientes de Al Qaeda.

Repetimos la historia de la boda; mi conocimiento de la ruta costera que llevaba a Mukalla y mi dominio del árabe volvieron a quedar de manifiesto. Nos dijeron que, si rechazábamos la protección, tendríamos que volver a Adén y firmar un documento que absolviera a las autoridades de toda responsabilidad en lo tocante a nuestra seguridad.

Una hora más tarde, el sol se había puesto, pero sus rojos rayos todavía iluminaban el crepúsculo. Volvimos al puesto de control con la documentación en la mano. Para entonces, los guardias estaban a punto de romper el ayuno que impone el Ramadán con la comida nocturna llamada *iftar*. Nada les importaba menos que lo que pudiera sucederles a aquel loco europeo y a su silenciosa novia yemení.

La costa sur de Yemen podría ser un destino de vacaciones inigualable: interminables playas de suave arena, aguas cálidas y excelente pesca. Un territorio virgen pero, por desgracia, inalcanzable, la periferia de un Estado fallido, interrumpida solo por desaliñados pueblos costeros como Zinjibar, donde dispersos bloques de cemento hablaban de proyectos inconclusos o aún por empezar.

Mientras avanzábamos por la carretera, superado ya el último obstáculo, nos animamos. La adrenalina fluía por mi cuerpo.

Al-Aulaki me envió un último mensaje de texto. Debía decir a la policía que necesitaba gasóleo y dirigirme hacia el norte.

Shaqra era poco más que un pueblo de pescadores. Aquella tórrida noche estaba desierto; solo se veía a algún perro cruzar de vez en cuando la calle principal. Estaba más ruinoso que cuando lo habíamos atravesado un año antes durante nuestro último viaje para reunirnos con al-Aulaki.

Fuera de la ciudad, un ostentoso cruce con rótulos del presidente sonriendo marcaba el punto en el que se dividía la carretera. Un ramal conducía al interior, donde habitaban los rebeldes; el otro seguía por la costa. Sabía que nunca me permitirían dirigirme hacia el interior; por eso me habían dado instrucciones de que en el puesto de control dijera que viajaría por la costa, pero que necesitaba ir a la gasolinera que había en la otra dirección, a un par de kilómetros, para recargar combustible. Sin duda, la estratagema había dado resultado en otras ocasiones. Los policías, soñolientos por el *iftar*, nos indicaron que siguiéramos adelante. No volverían a vernos.

Sentado junto a Fadia, con el pulso acelerado en medio de una carretera solitaria y desierta, me deslumbraron los faros de un vehículo lleno de hombres armados.

Un tipo barbudo, de unos treinta años, con ojos oscuros de mirada penetrante y un pañuelo de cuadros rojos alrededor de la cabeza, surgió de una nube de polvo que flotaba en el haz de los faros del Land Cruiser. El modo en que el resto del grupo descendió detrás de él dejó claro que Abdullah Mehdar era su líder. Era conocido por su valor y su celo combativo. Examiné su rostro mientras caminaba hacia nosotros.

—*As-salam aleikum* [La paz sea contigo] —dijo al fin, saludándome con una amplia sonrisa. Mi cuerpo dejó de estar en tensión, como si hubiese superado una fiebre. Aliviado, abracé uno por uno a los compañeros de Mehdar. Habían traído comida (plátanos y pan) y rompimos juntos el ayuno del Ramadán. Me sentí seguro por primera vez en todo el día. Estaba con algunos de los hombres más buscados de Yemen, un grupo de tipos armados a

los que no conocía, en mitad de la noche, de camino hacia el desierto de Shabwa. Pero era como si estuviera envuelto en un capullo, admitido en una hermandad de creencias sencillas y lealtades incuestionables.

Mehdar, el emisario personal de al-Aulaki, pertenecía como él a la tribu aulaki, en un país en el que las lealtades tribales superan a todas las demás. Sabía que había sido invitado por al-Aulaki y que era su amigo, así que se mostró profundamente respetuoso y cortés.

Al cabo de unos minutos dijo que debíamos ponernos en marcha. Los atracos abundaban en una zona en la que los delincuentes estaban tan armados como los combatientes. Cuando el convoy llegó a su destino debían de ser las nueve de la noche: el Land Cruiser seguía a mi pequeño Hyundai, seguramente el primer coche de alquiler que se había paseado por aquel apartado rincón de Shabwa. Los vehículos levantaban una nube de polvo recorriendo a toda velocidad un camino que pasaba junto a una aldea sin luz. Las montañas se alzaban en la distancia, aunque en aquella noche sin luna no había forma de saber dónde terminaba la tierra y dónde empezaba el vasto cielo.

Aunque no podía saberlo entonces, me encontraba en las cercanías de al-Hota, un asentamiento arrimado a la sombra de una imponente meseta rocosa en el distrito de Mayfa'a, en Shabwa, el corazón del territorio controlado por Al Qaeda.

Llegamos a una impresionante casa de dos pisos situada en el interior de un recinto de altos muros. Dos hombres con fusiles AK-47 colgados del hombro abrieron el portalón y lo cerraron rápidamente. Sentí una oleada de pánico. Mi viaje para reunirme con Anuar al-Aulaki había llegado a su fin, pero ¿y si los servicios de seguridad de Yemen estaban al corriente de mis planes y me habían dejado llegar hasta aquel lugar, o si el propio al-Aulaki había dejado de confiar en mí? Además, Fadia conocía a al-Aulaki y sabía que éramos amigos, pero no tenía ni la menor idea de mis verdaderas intenciones.

Levanté la vista para mirar las estrellas antes de subir los escalones. Los pies me pesaban como plomo; los pocos pasos que di hasta la casa me parecieron una eternidad. Ahora no había escapatoria. Por mi mente pasaron a toda velocidad imágenes de Nick

Berg y Daniel Pearl, dos estadounidenses que habían padecido una muerte horrible a manos de Al Qaeda: la decapitación filmada.

Escoltaron a Fadia a la parte trasera, donde esperaban las mujeres de la tribu. En esta parte de Yemen, los hombres y las mujeres nunca se mezclan en público. Más adelante, Fadia me habló del estoicismo de las mujeres, muchos de cuyos maridos habían muerto por la causa de la yihad. Las viudas solían casarse con otro yihadista, lo que no solía ser el mejor camino para la tranquilidad doméstica.

Un gran pasillo sin amueblar conducía a una sala de visitas aún más grande. Lo primero que vi fue una hilera de armas perfectamente apoyadas contra la pared: más fusiles AK-47, fusiles antiguos, incluso un lanzagranadas. Aquel grupo estaba preparado para luchar en cualquier momento, pero su enemigo podía ser tanto una tribu rival como los servicios de seguridad yemeníes.

Alrededor de un gran cuenco de plata situado en el suelo y repleto de arroz con pollo y azafrán había sentados una docena de hombres, algunos de ellos extremadamente jóvenes. En medio de todos estaba Anuar al-Aulaki, delgado, elegante, con aquellos ojos vivaces que ya habían seducido a tantas almas inquietas en Europa y América. Se levantó con una cálida sonrisa y me abrazó.

—*As-salam aleikum* —dijo con afecto. Emanaba una autoridad natural; el ademán que hizo con la mano señalando la habitación parecía subrayar que era el señor de aquel lugar y aquellas gentes.

Llevaba su típica ropa de color blanco, inmaculada a pesar del polvo y del calor, y sus gafas, que parecían confirmar su inteligencia. Me llamó la atención el contraste entre los jóvenes aldeanos, sencillos e ignorantes, y el erudito del islam, un filósofo convertido en guía espiritual de la yihad. Después de su saludo, todos se levantaron para darme la bienvenida. Adoraban al «jeque», cuyo magnetismo estaba intacto a pesar de su reclusión.

—Ven, come —dijo al-Aulaki, con su acento americano matizado por los años que ya llevaba en su patria árabe.

Parecía encantado con mi compañía, una grata interrupción a su aislamiento intelectual. Pero primero debía velar por las necesidades de su huésped. Después de presentarme a los hombres sentados en el suelo, al-Aulaki me buscó un hueco entre ellos, y la

comida comunal empezó. Los invitados fueron devorando el pollo y el arroz con las manos; pese a mi familiaridad con los modales yemeníes, pedí una cuchara, para gran diversión de todos. Con un par de burlas sobre mí mismo y la fluidez de mi árabe, perfeccionado durante casi diez años en Yemen, apacigüé los ánimos.

Escrutando a al-Aulaki vi en él tristeza y desapego, como si su aislamiento en Shabwa y la presión de Estados Unidos empezaran a pasarle factura. Habían transcurrido casi dos años desde su excarcelación, gracias a la intervención de su poderosa familia. En los primeros meses de 2008 se había marchado de Saná y se había refugiado en su patria ancestral. Se decía que el lema de la tribu aulaki rezaba así: «Somos las chispas del infierno; quien se meta con nosotros arderá».

En el año transcurrido desde la última vez que lo había visto, al-Aulaki había extremado las precauciones; de ahí la odisea que había tenido que pasar para aquel breve encuentro. El jeque se trasladaba continuamente de un refugio a otro, y a veces se refugiaba en alguno de los escondites que aquella gente tenía en la periferia del «barrio vacío», el mar de arena que se extendía hasta Arabia Saudí.

A pesar de su reclusión, continuaba ofreciendo sermones por internet y comunicándose con sus seguidores a través de cuentas de correo electrónico y mensajes de texto. Su tono se había vuelto más estridente, tal vez a causa de los meses que había pasado en prisión, sometido casi siempre al régimen de aislamiento, o porque su lectura de los autores islamistas había radicalizado sus ideas. Quizá el hecho de verse obligado a vivir en el páramo hubiera alimentado una creciente hostilidad contra el mundo.

Cuando acabamos de comer, al-Aulaki se levantó y me pidió que lo acompañara a una habitación más pequeña.

Me fijé en su rostro.

—¿Cómo estás? —le pregunté, sin saber qué otra cosa decir.

—Aquí andamos —dijo al-Aulaki con un dejo de fatalismo—. Pero echo de menos a mi familia, mis mujeres, mis hijos. No puedo ir a Saná y es muy peligroso que vengan aquí. Los estadounidenses quieren verme muerto. No dejan de presionar al Gobierno.

Los drones rondaban por el cielo, pero no les tenía miedo, dijo.

—La yihad es el camino de los profetas y los hombres piadosos.

Dijo que para los «hermanos» fue una decepción que yo no acudiese a la cita de Marib; habían oído hablar mucho de mí. Aquella conversación me demostró que al-Aulaki no se sentía muy amenazado por las autoridades del país, más inclinadas a arrinconar en Shabwa el problema de Al Qaeda con la esperanza de que desapareciera por sí solo que a enfrentarse a las luchas tribales que habían favorecido el establecimiento y la organización de los milicianos.

Al-Aulaki me dijo que quería ver la caída del Gobierno de Saleh, que consideraba secular y sometido a los intereses de Estados Unidos. Con entusiasmo añadió que en una reciente emboscada a las fuerzas del Gobierno habían capturado armas pesadas, incluidos cohetes antitanque, e infligido un número de bajas considerable. Tal vez podrían llevar las armas a los islamistas de Somalia, puesto que las necesitaban con urgencia.

El guía espiritual se había convertido en el intendente.

Unos meses antes, al-Aulaki había enviado un mensaje a al-Shabaabl, grupo islamista que había impuesto la sharía en grandes zonas de Somalia. Dijo que con sus acciones daban ejemplo a los musulmanes sobre cómo defenderse.

«Los votos nos han fallado, pero las balas no —había escrito—. Si las circunstancias lo hubiesen permitido, no habría dudado en unirme a vosotros y ser un soldado en vuestras filas.»[3]

El hombre que, cuando vivía en Estados Unidos, había condenado los atentados del 11-S como violaciones contra el espíritu del islam, recientemente había escrito en su blog: «Rezo para que Alá destruya a Estados Unidos y a todos sus aliados [...]. Aplicaremos la ley de Alá en la Tierra por la fuerza de la espada, les guste o no a las masas».[4]

También había comenzado a transmitir este mensaje a los mu-

3. «Salutations to al Shabaab of Somalia», publicado en el blog de al-Aulaki, 20 de diciembre de 2008.

4. Brooks Egerton, «Imam's emails to Fort Hood suspect tame compared with on line rhetoric», *Dallas Morning News*, 28 de noviembre de 2009.

sulmanes que vivían en Occidente, comparando la situación en la que estos se encontraban con la del profeta Mahoma y sus seguidores en La Meca preislámica, cuando fueron perseguidos y obligados a emigrar al norte, a Medina (esta emigración se conoce como la Hégira).

Tan solo unas semanas antes de mi visita, escribiendo desde su puesto perdido en Shabwa, al-Aulaki había atacado la cooperación de los países musulmanes con el ejército estadounidense en los siguientes términos: «La culpa es del soldado que está dispuesto a seguir órdenes [...] y vende su religión por unos pocos dólares».[5]

El argumento caló hondo en un oficial del ejército de Estados Unidos, el comandante Nidal Hasan, quien ya había intercambiado correos electrónicos con al-Aulaki.

Al-Aulaki me dijo que era aceptable que los civiles sufrieran y muriesen en la yihad. El fin justificaba los medios. Discrepé al instante, sabiendo que mi sinceridad era del gusto de al-Aulaki, preparado para defender su punto de vista con sus lecturas del Corán y los hadices.

Algunos meses antes, un joven que se había unido a Mehdar viajó a una provincia vecina y mató a cuatro turistas surcoreanos en un atentado suicida.[6]

«Ahora está en el paraíso», me había dicho uno de sus amigos durante la cena. No me quedó claro si el propio Mehdar tuvo algún papel en el atentado o incluso si lo aprobó, pero el compromiso de aquellos luchadores iba mucho más allá de la retórica.

Le dije a al-Aulaki que yo apoyaba los atentados contra objetivos militares, pero le aclaré que ni podía ni quería ayudarle a conseguir nada que se pudiera utilizar contra civiles. No quería recorrer Europa en busca de equipos de fabricación de bombas que, en última instancia, matarían a inocentes.

5. Ibídem.

6. Los cuatro turistas surcoreanos murieron en el atentado suicida cometido en Hadramaut el 15 de marzo de 2009; «False Foundation? AQAP, Tribes and Ungoverned Spaces in Yemen», Centro de Lucha contra el Terrorismo de West Point, octubre de 2011.

—¿Así que discrepas de los muyahidines? —preguntó al-Aulaki.

—En esto no me queda otro remedio.

También advertí que su animosidad contra Estados Unidos era más virulenta, como si allí se hubiera sentido despreciado por ser musulmán. Lo habían detenido en San Diego —aunque nunca llegaron a presentar cargos contra él— por solicitar los servicios de prostitutas.[7] La humillación —el hecho de que el FBI hubiera filtrado que su conducta no era la propia de un imán, falsas insinuaciones dirigidas a mancillar su reputación— lo atormentaba.

En nuestra conversación, que duró hasta altas horas de la madrugada, el tema de las mujeres estuvo muy presente. El exilio que al-Aulaki se había impuesto a sí mismo significaba que ya no tenía ningún contacto personal con sus dos esposas. A una la conocía desde la infancia y se había casado con ella cuando eran adolescentes. Más recientemente se había casado con otra mujer, que no tenía ni veinte años en el momento del matrimonio. Sin embargo, me dijo que necesitaba la compañía de una esposa que entendiera y compartiese los sacrificios de la vida de un yihadista, una mujer que estuviera casada con la causa.

—A lo mejor podrías buscarme en Occidente alguna blanca conversa —me dijo.

Era la segunda vez que planteaba la posibilidad de casarse con una europea, y yo sabía que en aquella ocasión hablaba en serio. No sería fácil y habría riesgos, pero sabía que muchísimas mujeres veían en al-Aulaki un regalo de Alá.

Hubo otras peticiones por su parte: tenía que encontrar «a hermanos para colaborar con la causa» y conseguir «dinero y algo de equipamiento en Europa».

También quería que reclutara a militantes para entrenarlos en Yemen y «después mandarlos a casa, listos para la yihad en Europa o en Estados Unidos». No especificó en qué consistiría la formación ni lo que se esperaba de ellos. Pero tras las dos horas de la

7. Chitra Ragavan, «The Imam's Very Curious Story», *US News and World Report*, 13 de junio de 2004.

conversación me quedé con la impresión de que al-Aulaki quería iniciar una campaña de atentados terroristas en países occidentales.

A la mañana siguiente, al-Aulaki se había marchado, bien para preservar su seguridad, bien para asistir a alguna reunión que yo desconocía. Su partida me permitió pasar algún tiempo con Abdullah Mehdar, el líder tribal al que había conocido la noche anterior. No podía sino admirar a aquel hombre aparentemente honorable y su lealtad incondicional a al-Aulaki. Parecía no tener ningún interés en atacar a Occidente, pero quería convertir Yemen en un Estado islámico donde imperase la sharía. Su compromiso con el islam era tan profundo que, cuando uno de los jóvenes combatientes nombró la promesa del paraíso en sus oraciones, se echó a llorar.

Tal vez tuvieran una visión distorsionada del mundo —pensé—, pero no eran hipócritas. Su lealtad era sencilla y firme.

Yo tenía prisa por marcharme: nuestro avión partiría hacia Europa desde Saná la noche siguiente, y quién sabe cuánto tiempo nos llevaría el viaje de regreso. Fadia salió de las habitaciones de las mujeres y nos preparamos para irnos.

Cuando las imponentes puertas se abrieron, descubrí que el coche tenía un pinchazo, lo que tal vez no fuera de extrañar, tras conducir a toda velocidad por las montañas.

Abdullah salió corriendo y me ayudó a cambiar el neumático. Los ojos se le volvieron a humedecer; parecía sentir un peligro incipiente.

—Si no volvemos a encontrarnos, nos veremos en el paraíso —dijo, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los muyahidines nos escoltaron hasta la carretera principal y nos despidieron. Habíamos dejado el capullo.

En tres capitales occidentales había gente ansiosa por escuchar todos los detalles de mi reunión con Anuar al-Aulaki. Tenía que llegar a Saná y salir de Yemen sin dilación.